

“PASEMOS A LA OTRA ORILLA”

¿POR QUÉ NO TENÉIS FE?

Mc 4,35-40

12º Domingo del Tiempo Ordinario (Ciclo B)

Hoy estamos ante una escena sorprendente y encantadora. Es una escena de la vida diaria y normal de los discípulos de Jesús. Hoy le vemos cansado, quiere alejarse de la multitud y propone a los suyos pasar a la otra orilla. Permanece durmiendo sobre la popa de la barca y aparentemente despreocupado de la dificultad que están teniendo sus discípulos para conseguir llenar su barca del fruto de cada día: la pesca. No nos perdamos todo lo que sucede en estos momentos. Con detenimiento leemos en el evangelio de Marcos esta escena narrada con todo detalle:

Aquel mismo día, ya caída la tarde, les dijo: “Pasemos a la otra orilla”. Y dejando a la gente, lo llevaron con ellos en la barca... Se levantó entonces una fuerte borrasca y las olas saltaban por encima de la barca, de suerte que estaba a punto de llenarse. Jesús estaba durmiendo sobre el cabezal en la popa. Ellos lo despertaron y le dijeron: “Maestro ¿no te importa que perezcamos?” Él se levantó, increpó al viento y dijo al mar: “¡Calla! ¡Cálmate!” Y el viento cesó y se hizo una gran calma. Después les dijo: “¿Por qué sois tan miedosos? ¿Por qué no tenéis fe?” Ellos quedaron sumamente atemorizados y se decían unos a otros: “¿Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?”

Varias palabras de Jesús se nos graban en nuestro interior: **Vayamos a la otra orilla.** Es una insinuación suya exigente que nos induce a dejar la vida sedentaria y cómoda que podemos tener y a ser buscadores de otras aguas. Quiere que empecemos siempre de nuevo en nuestra vida con una paz grande y con la alegría de su mensaje. Pensemos que con Jesús podemos todo. Y, ¿cuál es la otra orilla? Su corazón. Pero para ir ahí hay que ponerse en camino, dejar la vida que no es de Dios y comenzar la aventura de ir hacia donde nos marque. Ponernos en camino hacia Él.

Otra palabra que nos lleva a pensar en este encuentro es: **Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?** Realmente ir hacia la otra orilla no es fácil. El miedo, las dudas, la aventura incierta nos lleva a hundirnos y reclamamos angustiosos la ayuda del Señor. Por esto, en este encuentro cada vez que se adueñen de nosotros las tristezas y los vértigos del camino y cada vez que añoremos otro tipo de vida, acudamos al Señor y dejemos en su corazón todos los miedos y cobardías para llenarnos de la alegría de su presencia y nuestras noches oscuras se convertirán en días luminosos de felicidad y alegría.

Tendremos que oír: **“¿Por qué eres tan cobarde? ¿Aún no tienes fe?”** Esta queja del Señor la oiremos en nuestras pruebas, pero bien sabemos que Él siempre

está presente en nuestras vidas y que si estamos muy atentos a todo lo que Él nos va marcando, todo lo superaremos, nos llenaremos de confianza y todo lo que nos hace daño se revestirá de fuerza y de alegría. Cuando experimentemos la alegría de saber que el Señor nos quiere en todas las fases de nuestra vida, todo cambiará. La queja de Jesús en este encuentro nos tiene que hacer reflexionar sobre todo lo que nos altera y nos preocupa.

Más de una vez, extrañados, tendremos que decir: **“¿Quién es este? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!”** Es el agradecimiento y la admiración ante las muestras de amor de un Dios que nos ama, que se preocupa en todos los momentos por nosotros y nos lleva, con asombro, a la otra orilla de su corazón. Necesitamos mucha confianza. Necesitamos una fe muy fuerte para no sentirnos solos en medio de las pruebas que nos toque pasar en la vida.

No podemos detenernos en los fracasos, en los desánimos que nos paralizan y nos secan nuestra vida interior. Tenemos que empezar de nuevo, con la alegría y la esperanza en un Dios que nos ama sin límites e incondicionalmente. La alegría de seguirle, de meternos en su barca, de saber que nos acompaña y que nos muestra el camino cada día nos hará cambiar nuestras vidas.

En este encuentro más que nunca le decimos al Señor: me pongo en tus manos. Me pongo en camino contigo. Ven en mi ayuda. Enséñame a encontrar la luz, tu luz en medio de mis noches. Te sigo y te quiero, Jesús. Muéstrame el camino y hazme dócil a tus insinuaciones. Contigo soy feliz y mi camino es la alegría y la paz.

A tu Madre encomiendo mi vida y le pido que me dé su fe, su fortaleza y su amor, para llenar mi vida de tu presencia, Señor.

Señor, te agradezco que estés siempre presente en mi barca y aunque me parezca que estás dormido, que sepa que estás pendiente de todo lo que me pasa para darme el amor y la fuerza que necesito cada día.

¡Gracias, Señor! ¡Gracias, Madre mía!

Francisca Sierra Gómez